

Sermon de la Transfiguración, 11 agosto 2024
St. Luke/San Lucas
Exodus 34:29-35; Psalm 99; 2 Peter 1:13-21, Luke 9:28-36

Dios nuestro Creador,

Abre nuestros oídos para que podamos escuchar;

Abre nuestra mente para que podamos entender;

Abre nuestro corazón para que podamos amar.

Amén.

Por favor, tomen asiento. Hoy estamos celebrando la Fiesta de la Transfiguración. Tenía un sermón esbozado y pensé que dedicaría algún tiempo a pulirlo. Pero luego, tomé el entrenamiento de Godly Play. Tres días de aprendizaje sobre cómo presentar pasajes de nuestras Escrituras, no como lecciones, no como conferencias, sino como experiencias compartidas de reflexión. Un entrenamiento fascinante que animo a todos los que puedan a tomar. Abre la mente, aunque es un poco duro para las rodillas. Y así, después de esas horas mirando la instrucción religiosa desde un punto de vista completamente diferente, ayer me fui a casa y comencé el sermón de nuevo. Los invito a este espacio sagrado, a que vengan conmigo, a escuchar la historia de la Transfiguración y a reflexionar.

Jesús había estado viajando con sus discípulos por el campo, enseñando y sanando.

Estaba cansado. Trató de escapar en una barca, cruzando el mar, pero la gente lo siguió.

Él enseñó, sanó, alimentó. Y estaba exhausto, pero la gente seguía viniendo.

Entonces, Jesús dejó a la mayoría de sus discípulos en el valle, atendiendo a la gente, mientras él subía a la cima de la montaña con Pedro, Santiago y Juan, para orar. Mientras Jesús oraba, los discípulos se quedaron dormidos (parece ser una tendencia), cuando de repente, se sobresaltaron por una gran luz. La apariencia de Jesús cambió. Su ropa se volvió de un blanco deslumbrante. Y se le unieron dos hombres, Moisés y Elías. Los tres estaban allí, de pie, hablando.

Imagínate ser uno de los discípulos, Pedro, Santiago o Juan. Después de trabajar todo el día en el valle, ayudando a Jesús con el ministerio, se te pide que subas a la cima de una montaña y te quedes despierto mientras Jesús ora. A pesar de tus mejores esfuerzos, empiezas a dormitar un poco cuando, ¡bum!, brilla una luz, el rostro de Jesús cambia, la ropa de Jesús cambia, aparecen personas adicionales, personas famosas adicionales, de la nada. Fue sorprendente. Fue confuso. Fue abrumador.

A menudo nos referimos a las reacciones de lucha, huida o congelamiento, impulsos que tenemos los humanos cuando estamos abrumados, desprevenidos e incapaces de hacer frente a la situación que nos rodea. Pero eso deja de lado otra reacción común: el impulso de balbucear. Ya sabes cuál es. Cuando te enfrentas a una situación desconocida, una en la que no sabes qué hacer o cómo reaccionar, simplemente comienzas a hablar y hablar y hablar. Cualquier cosa para llenar el silencio, el espacio vacío.

Y eso es exactamente lo que hizo Pedro: estaba abrumado y empezó a balbucear, a hacer sugerencias para la acción. Construyamos una vivienda. Hagamos algo, cualquier cosa,

para recuperar el control, para convertir esto en algo que podamos manejar, algo que podamos gestionar. Para no sentirnos abrumados.

El relato de Lucas incluso dice que Pedro siguió hablando, sin saber lo que decía. No tenía sentido, ni para sí mismo ni para los demás. Simplemente hablaba nerviosamente, para llenar el espacio.

Es fácil burlarse de Peter. Seamos sinceros, él mete la pata con frecuencia. Pero, ¿cuántas veces reaccionamos como Peter cuando estamos abrumados? ¿Con qué frecuencia empezamos a balbucear? Decimos algo, cualquier cosa para llenar el silencio.

¿Con qué frecuencia, cuando nos enfrentamos a algo diferente, algo confuso, algo abrumador, con qué frecuencia reaccionamos buscando algo familiar, haciendo algo que sabemos hacer? ¿Con qué frecuencia, como Peter, usamos la boca y las manos antes de poner en marcha la mente y el corazón?

La respuesta de Dios llegó rápidamente, mientras Pedro todavía estaba hablando. Una nube los cubrió y los asustó aún más. Y de esta nube surgió una voz: “Este es mi Hijo, mi Elegido, escúchenlo”. Escúchenlo. Escuchen.

En Godly Play, hay una práctica llamada “hacer silencio”. No quedarse en silencio, sino hacer silencio, construirlo pieza por pieza. Pensativa. A propósito. Intencionalmente.

Silencio aquietando nuestro cuerpo. Silencio aquietando nuestros pensamientos. Silencio respirando lentamente, inhalando y exhalando, inhalando y exhalando.

Abriendo nuestros oídos. Abriendo nuestras mentes. Abriendo nuestros corazones.

Dejando que el Espíritu se mueva a través de nosotros.

Dios nos ha dado paz, calma y silencio. Cuando nuestros hijos están abrumados, cuando todo es demasiado, los animamos a buscar el silencio de Dios. Les enseñamos técnicas para buscar la paz de Dios. Sin embargo, con demasiada frecuencia, nos olvidamos de usarlas nosotros mismos.

En este momento de nuestra vida comunitaria, tenemos mucho que hacer. Estamos buscando un sacerdote que camine con nosotros. A muchos de nosotros se nos pide que hagamos cosas que no hemos hecho antes, o que no hemos hecho en mucho tiempo, o que no hemos hecho de esta manera. Puede ser abrumador. Y es tentador, oh, muy tentador, responder como Pedro. Empezar a balbucear. Empezar a organizar, construir y hacer.

Pero a veces, tal vez sería mejor hacer lo que Dios le indicó a Pedro. Mirar a Dios. Mirar a los elegidos de Dios. Escuchar a Dios. Escuchar.

Construir silencio. Construir calma. Construir paz.

Y me pregunto, me pregunto, ¿qué podemos aprender de esta historia? Me pregunto, ¿cuál es la parte más importante de esta historia? Me pregunto qué parte de la historia tiene que ver conmigo, ¿dónde encajo yo en ella?

Al salir hoy, al continuar con nuestra vida diaria, con nuestra búsqueda de rector, con nuestro cuidado pastoral, con nuestras familias y nuestro trabajo y nuestra diversión, los animo a todos a dejar de lado el parloteo, las acciones frenéticas, el “siempre lo hemos hecho así”. En cambio, viajemos juntos a un espacio sagrado, una cima de montaña de nubes y oración, un lugar para reflexionar, para escuchar y para estar en paz.

Amén.